

# De cómo adquirí un centro de gravedad en el Departamento de Estudios Hispánicos (1962-2018)

*Luce López-Baralt, Ph. D.  
Profesora Distinguida  
Universidad de Puerto Rico*



Curso de la Generación del 27  
Departamento de Estudios Hispánicos - 1964

Aun me puedo ver entrando por el pasillo de columnas que lleva a Pedreira para comenzar mi bachillerato en Estudios Hispánicos. Recuerdo vivamente mi emoción, porque sabía bien que al calor de los maestros —que sabía ilustres— del Departamento de Estudios Hispánicos comenzaría a cumplir una vocación de hispanista que incluso a

mis 19 años ya era muy honda. La fama del Departamento antecedió a mi entrada en sus aulas, donde aún se percibía el aroma de la presencia de profesores de la talla de Concha Meléndez, Francisco Matos Paoli, María Zambrano, Américo Castro, Francisco Ayala, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas y de nuestro poeta residente, Luis Palés Matos. Sabía bien que no entraba a un Departamento cualquiera, sino al más distinguido del Recinto de Río Piedras. Y a uno de los más distinguidos del mundo. Basta recordar que tres premios Nobeles fueron nuestros claustrales: Juan Ramón Jiménez, Gabriela Mistral y Mario Vargas Llosa.

Ya tenía aprobados los cursos de honor del año básico de Estudios Generales, que tuvieron el efecto de abrirme la mente a todas las disciplinas, desde las Ciencias Físicas hasta las Humanidades. La libertad de pensamiento que estrenaba ofrecía un gran contraste con mi vida previa de estudio en un Colegio de monjas norteamericanas: la UPR comenzaba a civilizarme y vivía esa súbita etapa de crecimiento emocional y académico como un auténtico privilegio. De ahí que cada clase que habría de tomar constituía para mí un milagro largamente acariciado.

Mi hermana y hoy colega Merce hizo que mi bachillerato en Estudios Hispánicos tuviera unos quilates especiales, porque como pionera con dos años de ventaja curricular, ya había incursionado en los cursos y me advertía con lealtad con cuáles profesores debía estudiar, a cuáles debía evitar y de cuáles tenía sencillamente que huir. Consejería fraterna impagable que celebro poder agradecer públicamente, pues gracias a ella me labré, con precisión de relojería exacta, un programa de estudios maravilloso: todos mis profesores, cuidadosamente elegidos, fueron excepcionales. Rememoro de manera especial los cursos de literatura española de don Pablo García Díaz. Ya pocos lo recordarán, porque don Pablo, que tenía un extraño sentido de minusvalía profesional, nunca publicó. Solía decirnos en clase: «... esto no lo digo yo, lo dice quien puede, esa dama: María Rosa Lida». Pero una erudición de hispanista sin par se encubría bajo aquella capa espesa de humildad y, sobre todo, una inmensa pasión, cualidad imprescindible para que un profesor paradigmático impacte para siempre a sus alumnos. Año tras año, al dar el curso de introducción

a la literatura española y llegar al *Poema de Mio Cid*, don Pablo se ofendía de manera personal con la afrenta de Corpes, es decir, con la paliza atroz que los Infantes de Carrión propinan a las hijas del Cid para vengar su honor perdido. Sencillamente don Pablo no podía con aquello: tiraba el libro del *Cid* contra el escritorio y exclamaba: «esos infames, esos mestureros —perdóneseme el término, pero así hay que llamarlos...». Y le perdonábamos el término al profesor porque ninguno en la clase entendía lo que quería decir aquella voz arcaica. Hoy sé que significa «sinvergüenzas». Don Pablo sabía tanto que se mostraba incrédulo ante nuestras lagunas de lectura: «¿¿¿Que uds. no han leído a Terencio??? ¡¡¡Pues a leer!!!». Confieso que, avergonzada, fui a la Biblioteca —claro que existía por aquellos años afortunados— y me leí varias obras del comediógrafo latino. Quedé tan impactada con la docencia de don Pablo que tomé todos sus cursos y hoy, a la altura de tantos años y de tantas universidades, puedo decir que ha sido uno de los profesores más extraordinarios que he tenido en mi vida. Confieso también que cuando enseñé a Garcilaso y a Góngora en Harvard, aun me servía de apuntes y observaciones de don Pablo, pues eran perfectamente válidos.

Otro curso que quedó grabado en mi memoria fue el de *Literatura Puertorriqueña* de Manrique Cabrera, el primer estudioso que recopiló de manera formal la historia de nuestras letras. Conocer a nuestros escritores fue esencial para mi formación, pues me dio un centro de gravedad y una estima propia como puertorriqueña que considero impagable. Al correr de los años, Manrique me presentaría en el pasillo del Seminario a un joven profesor vestido con el cuello romano de sacerdote jesuita: era Fernando Picó, que muchos años más tarde constituiría conmigo la «dupleta» —como él la llamaba— de Profesores Distinguidos nombrados por la Facultad de Humanidades en 2010. Otro curso formativo, esta vez de literatura hispanoamericana, a cargo de Ángel Luis Morales, me hizo ver de manera articulada que la literatura puertorriqueña pertenecía a una órbita más amplia de países hermanados por la lengua. Considero que estudiar de manera cronológica y panorámica las historias de la literatura (española, puertorriqueña, hispanoamericana, comparada) es indispensable para que el alumno tenga una idea integrada de la cultura literaria de una región

o un país. Hoy las universidades ofrecen cursos atomizados —Borges y el cine, el feminismo y la ópera *Carmen*— y más de una vez me ha sido dado corroborar la ignorancia de los alumnos que no tienen idea de dónde insertar los autores que leen de manera dispersa y desarticulada. Por no referirme al espanto íntimo de atestiguar el completo destierro de la literatura que existe en algunos Departamentos actuales de Lenguas y Literatura, que dan paso, en exclusiva, al estudio del cine, de las minorías o de disciplinas de interés étnico que pertenecen al campo de la sociología, no al de los estudios literarios.

Los rigurosos requisitos académicos de nuestro Departamento de aquellos años nos asomaban a muchas otras disciplinas: así pude escuchar a Lewis Richarson, pipa en mano y sonrisa perenne, leer a *Beowulf* en inglés antiguo; a doña Isabelita Guriérrez del Arroyo, derrochando dignidad patricia, convocarnos a descubrir los avatares de nuestra historia; a Rubén del Rosario, entrañablemente irónico y lingüista sin par, enseñarnos a trazar las etimologías del latín al español; a Antonio Rodríguez Huéscar, alumno de Ortega, desentrañando para nosotros el Ser de Parménides y el *cogito ergo sum* de Descartes. Con toda su carga de sabiduría europea a cuestas, un día reflexionaba en clase que la risa diferencia al ser humano de los animales. Y he aquí que una alumna aventurera levanta la mano y le propone una excepción a la regla: «¡El mono como que se ríe!». Rodríguez Huéscar se mordió los labios para no estallar en risa, quién sabe si de humano o de mono.

Robert Lewis, por su parte, nos iba introduciendo en su recién creado curso de literatura comparada a Camoens, a Joyce, a Dostoievski, mientras dejaba una estela de colillas de cigarrillos a sus pies. Para explicar a Góngora nos traía a su esposa —su adorada Beatrice— Piri Fernández, que había estudiado al poeta cordobés con Pedro Salinas y Leo Spitzer en Johns Hopkins. Góngora me enamoró, pero no era fácil, y le propuse a Merce que para el examen iba a imaginar las preguntas que nos haría Bob y las discutiría con ella a viva voz. ¡Qué bueno era tener una compañera sapiente como hermana! Demás está decir que salí tan bien en el examen que Bob leyó a viva voz mi contestación sobre Góngora y estampó unas palabras inolvidables en la libreta azul de los exámenes de antaño: «Clara and Mercedes have a

worthy successor». Es que mis hermanas también se habían lucido antes en su clase.

Sé que estoy sonando a *teachers' pet*, pero confieso que no podía no serlo. Amaba tanto lo que hacía que daba mi 500% en concentración y entusiasmo y hoy, que soy profesora, admito que todos queremos tener alumnos felices y comprometidos.

Y eso me lleva a don Segundo Cardona, mi maestro de latín, formado en la Universidad de Berlín y políglota consumado. Tomábamos dos años de latín como parte integral de nuestro bachillerato —y nadie se moría por ello. Ya en mi segundo año traducía a Virgilio, y lo hice con tal fervor que don Segundo me prestó su libro de latín conversacional para que charláramos en el idioma clásico. ¡Se imaginarán mi gozo! ¡Salve *puella!*, me saludaba, y yo le terciaba con un gozoso ¡Salve *etiam atque etiam, magistrorum optime!* Al final de la clase le devolví lealmente el libro que me había prestado durante aquel año, pero nuestras conversaciones latinadas duraron décadas. Ya siendo ambos miembros de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española, durante el vino de honor brindábamos en latín: ¡*Praebibo tibi!*, le decía, y don Segundo chocaba su copa con un divertido ¡*Sit tibi salutem!*. Al morir mi venerado maestro pedí una copia de aquel libro tan amado a sus hijos, y me sorprendieron con el regalo sin par del original, que aún don Segundo conservaba y que al fin fue mío tras más de 50 años de entusiasmos latinos.

Me inicié en los estudios formales de la música popular y el cuatro con Paquito López Cruz y, ya con mi hermana cómplice, cursé teoría y apreciación de la música con Pepito Figueroa, el primogénito de la célebre familia musical puertorriqueña. Lo hicimos con tal aplicación y éxito que el bueno de Pepito, tan candoroso como gran violinista, fue al Registrador a ver si en el curso nos podía dar A+ en vez de una simple A: un proyecto tan generoso como improbable.

El amor por la sabiduría se nos desbordó de tal manera que Merce y yo pedimos permiso a don Modesto Rivera, por entonces Director de Estudios Hispánicos, para tomar cursos graduados mientras cursábamos el bachillerato. Con una sonrisa complacida don Mode nos dio carta blanca para todo. Así pude escuchar a doña Margot Arce dictar su legendario Garcilaso, y así pudimos, de nuevo juntas, sa-

borear cómo el temible —y a la vez tiernísimo— don Federico de Onís leía el *Quijote* en su curso en el Seminario que hoy lleva su nombre. Y así llegamos, ávidas y emocionadas, al curso de don Jorge Guillén sobre la Generación del '27, que era la suya propia. Merce y yo nos sentamos, como siempre, en primerísima fila para no perdernos un suspiro del poeta. Me parece ver a nuestros compañeros de curso: el Padre Jesús Tomé, Ramón Felipe Medina y otros poetas guajanos como Edwin Reyes y Manuel Torres Santiago. Los fundadores de la *Revista Guajana* fueron nuestros compañeros entrañables de vida estudiantil. Ellos, decididamente rebeldes; Merce y yo, tan disciplinadas en el estudio como ahora. Pero nuestro diálogo poético con el Grupo Guajana dura hasta el día de hoy, en que nos sentimos cada vez más hermanados. Hasta el Topo, jovencísimo y muy lejos aún de la fama que le traería su «Verde luz», fue nuestro compañero en el curso de Guillén. En aquella aula, que hoy ocupa el Departamento de Literatura Comparada, también entraba de oyente un joven profesor, enormemente atractivo, callado y misterioso, vestido del chaquetón oscuro y corbata que entonces eran de rigor para los claustales. Nunca supimos su nombre ni nos dirigió la mirada. Muchos años más tarde Wico (Luis Rafael) Sánchez me lo presentaría a la salida de una conferencia de Ángel Rama, pues los dos habíamos solicitado ingreso a Harvard. Así supe que se llamaba Arturo Echavarría. Pasados aún más años y ya en Cambridge me casaría con él debajo de un manzano florido. Y Jorge Guillén, que a la sazón vivía allí, como parte de la ceremonia nupcial dijo para nosotros su décima «Las doce en el reloj», que celebra un simbólico instante perfecto. Como a veces la realidad es más hermosa que la fantasía, sin haberlo previsto, mientras don Jorge recitaba, las campanas de Cambridge sonaron: doblaban porque dieron, en aquel instante perfecto, las doce del mediodía. Hoy rememoro con fervor que hasta el primer encuentro con mi marido hispanista se lo debo a Estudios Hispánicos.

En aquel mismo curso de Guillén Merce, que prepara un libro sobre Lorca, y yo atestiguamos cuán honda fue la huella que el granadino dejó en sus compañeros de Generación. Guillén había enseñado ya a varios de sus poetas compañeros y un buen día tocó el turno a Federico. Merce y yo, sentadas en el filo de los pupitres, aguardábamos

ansiosas. Pero don Jorge no pudo arrancar a hablar. Quedó transido, y tras un denso silencio se preguntó, como quien habla para sí: «¿Y qué puedo decir yo de Federico?». Nos explicó que haberlo escuchado decir sus versos había sido una de las experiencias más altas de su vida, porque a Federico había que oírlo a viva voz, ya que era un juglar completo, inseparable de su arte. Merce y yo comprendimos de súbito el significado profundo del célebre «duende» lorquiano, que Federico emanaba y que habría de elevar a teoría poética. Finalmente don Jorge pudo arrancar sus clases sobre Federico, y un día le toca leer el «Llanto por Ignacio Sánchez Mejías». Al llegar al verso «¡oh blanco muro de España...!», se detiene abruptamente. Baja la cabeza, la vena de su frente a punto de estallar, y pugna por no llorar una vez más aquella muerte tan antigua y tan irresuelta del gran hijo de Granada.

Y así llego al fin al cuarto año de bachillerato. Para graduarnos con concentración en Estudios Hispánicos teníamos que escribir una tesina formal bajo la dirección del Prof. José Antonio Torres Morales, un egresado de Harvard que pasaba las páginas de los libros con la fruición y la rapidez del que los ha manejado con *savoir faire* por mucho tiempo. Escribí sobre la idea de Dios en la poesía de Dámaso Alonso, y tuve la fortuna de que el propio Dámaso me ayudó desde Madrid con datos y confidencias cruciales. Ya se imaginarán uds. el entusiasmo y el esfuerzo que puse en el proyecto, hasta el punto que terminé escribiendo un texto de 250 páginas que, ya de estudiante en la Complutense de Madrid, puse en las manos de Dámaso, iniciando así una amistad que duraría largos años. Vuelvo atrás a recordar el día que entregamos a Torres Morales la tesina fruto de nuestros esfuerzos. Un compañero estudiante extiende la mano con una página arrugada pendiente precariamente de los dedos pulgar e índice y se la entrega al profesor. Era su tesina de grado. Torres Morales lo miró atónito. Y recibió una explicación rotunda y atrevida: «Es que soy pobre». Como es lógico, el profesor exigió al susodicho alumno que reelaborara el triste papel huérfano. —«Ah, pues démelo acá para ponerle más baba». Torres Morales se lo arrebató de las manos con una F furibunda dibujada en cada una de sus pupilas.

Pero el esplendor del Estudios Hispánicos de aquella época no era tan solo literario: tuvimos la fortuna de abrirnos al cine europeo que

el Prof. Padró exhibía para nosotros en lo que es hoy el Anfiteatro Julia de Burgos. Así vimos *El Séptimo Sello* y *La dulce vita*, entre tantas otras películas clásicas, abriéndonos poco a poco una cultura cosmopolita. Tuvimos la dicha adicional de acceder al programa de Actividades Culturales, por el que pagábamos una miseria al semestre. Aun me estremezco recordando la puesta en escena del teatro Piraykón, traído directamente de Atenas al teatro de la UPR: el coro de voces ominosas coreaba a los actores y no había que entender el griego para acceder al estremecedor mensaje artístico de la obra. Era la época en que Dean Zayas, jovencísimo profesor de drama, ensayaba sus primeras obras en el mismo teatro, donde, años más tarde, nuestra Victoria Espinosa pondría en escena el estreno mundial de *El Público* de Lorca. También me quedaron grabadas a fuego en la memoria las tardes en las que Merce y yo, junto a un puñado de estudiantes, íbamos al teatro a ver los ensayos de un Festival Casals aún incipiente. Como si nada, presenciábamos los ensayos de Don Pablo con Arthur Rubinstein y con el entonces jovencísimo violinista Isaac Perlman. Allí fuimos testigos de la emoción súbita que embargó al maestro cuando dirigía las últimas notas de la *Fantasia Coral* de Beethoven. Presa de un auténtico paroxismo estético, dejó de dirigir, y, avasallado, se puso de pie ante el coro, como quien mira al Misterio frente a frente. Su inesperado momento en cúspide nos contagiò hasta el punto en que todos, junto al primer violín Alexander Schneider, nos pusimos de pie como un resorte. Estas vivencias excepcionales sólo se vivían en la intimidad de los ensayos, ajenos a la formalidad de los conciertos. Pienso con emoción que cualquier alumno podía asistir gratuitamente a ellos.

Atesoro de manera especial el momento en que mis estudios culminaron en la colación de grados de 1966 en el venerable teatro de la UPR. Aun siento el calor del abrazo olímpico con el que Jaime Benítez me entregó el diploma celebrando aquel rito de paso que compartí con tantos otros compañeros. Pero sospecho que fui la graduanda más feliz de 1966. Pero no por mi índice de 4.0 y mis seis medallas, distinciones por las que me entrevistó para el extinto periódico *El Mundo* una periodista novata llamada Magali García Ramis, hoy consumada escritora y querida amiga. Aquellos logros no fueron sino la expresión

tangible de mi felicidad sostenida de estudiosa. Es que había adquirido para siempre un centro de gravedad identitaria. Había mamado la leche de mi puertorriqueñidad y de mi vocación de hispanista en mi *alma mater*, que quiere decir, literalmente, la *madre que alimenta*.

Sabía en mi fuero interno que seguiría ligada a ese espacio patrio de sabiduría feliz para siempre. Desde muy joven, en aquellos pasillos bordeados de columnatas había acariciado un sueño fijo: enseñar en la Universidad y casarme con un profesor de esta Universidad. Recibí ambas bendiciones y ya 1968, tras mis estudios en España, la UPR me abriría sus puertas. Aun puedo sentir los nervios de mi primer día de clase, que fueron cediendo a medida que hablaba y descubría lenta, gozosamente el milagro de la docencia. En aquella clase pionera saboreé la dicha de haber encontrado la vocación de mi vida. Si bien había sentido que estudiar literatura en la UPR era un milagro, imagínense lo que fue para mí el privilegio de enseñar aquí. Máxime, con mi hermana Merce y con Wico Sánchez, antiguos compañeros de estudio en Madrid, como colegas: era otra sonrisa de la vida. Cierto que en las primeras reuniones de Departamento, dirigidas por doña Margot Arce, aun me sentía intrusa, máxime cuando veía los altercados académicos entre mis antiguos profesores, entre otras tensiones propias de todo Departamento. También recuerdo las reuniones de Facultad: en una de ellas el Decano Jorge Enjuto (un auténtico lujo de Decano) propuso la idea de fundar una revista. Bob Lewis, con su pragmatismo sano de norteamericano, respetuosamente le terció: «Una pregunta muy sencilla: ¿y el dinero?». Hoy los nombres de aquellos maestros se conmemoran en edificios, salas y Departamentos, pero nosotras los conocimos como seres iluminados y claustrales sin par. Cuando veo el busto de doña Margot Arce, recuerdo la dulzura con la que me decía «nena». Papi había sido su compañero de clases, cuando aún se llamaba Margarita Arce, y luego fue uno de los abogados que ayudó a tramitar los papeles de la ciudadanía para que el escultor Compostela, refugiado español, se pudiese quedar en Puerto Rico y contraer nupcias con la preclara hispanista. Al poco de llegar al Departamento doña Margot me nombró al Comité de la Fiesta de la Lengua junto a Merce, Ramón Luis Acevedo y Rafi Torres, entonces lingüista y hoy abogado. Los intrépidos novatos nos pusimos metas altísimas y nos

atrevimos a invitar a Ernesto Cardenal y a Nicanor Parra, y, por fortuna, todo nos salió en olor de multitud.

Ser colega de mis maestros supuso un rito de paso emocionante, como lo fue estrenar colegas como Mario Vargas Llosa y estar en el comité de Facultad que otorgó el *Honoris Causa* a Borges. Mi Departamento, de otra parte, respaldó siempre generosamente mis investigaciones, siempre complejas, con descargues, becas, sabáticas, ayudantías de investigación y respaldo para organizar congresos. Eran otros tiempos. Esto me permitió la dicha de escribir mis 30 libros sin tener que exilarme de esta tierra. Todo me lo dio la Universidad: desde un Doctorado *Honoris Causa* hasta el nombramiento como Profesora Distinguida.

Pero poco compara con la felicidad de enseñar: servir al estudiantado de mi Departamento ha sido un regocijo perpetuo. Sé bien lo que valen nuestros estudiantes, pues he enseñado en demasiadas instituciones y he podido comparar. Se impone dirigir su entusiasmo con grandes dosis de rigor, pero nunca me han defraudado. Como creo en ellos, todo lo obtengo de ellos. Les pido me den siempre el 100% de sus neuronas cerebrales, porque el estado de gracia —ya lo dijo Teilhard de Chardin— es explorar a fondo todos los talentos y los dones heredados. Insto a mis alumnos a escribir sus monografías con la certeza de que habrán de ser publicadas en las mejores revistas —*Hispanic Review*, *Bulletin Hispanique*— y que lo deben hacer por Puerto Rico. Un optimista siempre recibe más de lo que espera, y mis estudiantes no sólo han publicado en estas y otras revistas de peso, sino que han publicado libros admirables bajo sellos editoriales muy exigentes. Junto a ellos, he podido formar en Estudios Hispánicos dos escuelas hoy reconocidas a nivel internacional: una de estudios aljamiados y otra de estudios místicos. Nunca tuve la intención consciente de crear estas escuelas de estudio: han nacido solas, hijas de la disciplina, de la estima propia, de la alegría, de la esperanza.

Puedo compendiar la hondura de la felicidad que me han dado los estudiantes del Departamento con una sola anécdota: una vez, comentando en clase los sonetos a la muerte de Quevedo, se suscitó el tema de lo que nos esperaba en la otra vida. En aquel momento de apasionado intercambio académico y metafísico caí en cuenta —y así

se lo confesé a mis alumnos— de que si algún día yo hubiera de merecer el Paraíso, éste no podía ser muy distinto de aquella tarde en la que reflexioné con ellos sobre las letras del Siglo de Oro.

El Paraíso, en efecto, siempre ha dicho presente para mí en el espacio de estos claustros. Tanto así, que cuando recibí ofertas para enseñar en las universidades de Yale y Brown, no dudé en rechazarlas, pues ni siquiera me tentaron, pese a que muchos amigos me declararon «loca». Cuando desde New Haven llamé al Decanato de Humanidades a anunciar mi regreso, la secretaria exclamó un entrañable «¡negrita! ¡qué bueno que vuelves!» Volví a mi querencia, y con tal alegría que soñé que ya estaba en el avión de vuelta y que decía alborozada a los pasajeros: «¿Se dan cuenta de que regresamos al Paraíso?».

Pensarán —y con razón— que he usado demasiadas veces la palabra Paraíso para referirme a mi vivencia en este espacio universitario. Uno habla de la Feria como le va en ella. Sé que la UPR me pudo dar tanto porque además de solvencia académica excepcional y buen hacer había estabilidad económica. No se me oculta que otras coyunturas históricas coadyuvaron a que nuestra Universidad, como tantas otras de las dos Américas, se vieran beneficiadas: la Guerra Civil española y la segunda Guerra Mundial. Estas grandes tragedias bélicas llenaron nuestros claustros de exilados ilustres que enriquecieron de súbito nuestra vida universitaria. Aún estamos en proceso de aquilatar el diálogo intenso que los letrados y escritores puertorriqueños tuvieron con aquellos exilados. A ello hay que añadir, en honradez, que el Rector Jaime Benítez, con mano de hierro pero con una visión de lo que debería ser una institución de alta enseñanza, orquestó para nosotros una Universidad de primera. Pese a sus posibles excesos de autoridad abrió las puertas, y con la misma generosidad, a figuras tan disímiles como Juan Ramón, Pedro Salinas y Palés, a quien nombró Poeta en Residencia. Hoy los bustos de los tres poetas en el cuadrángulo dan fe de aquella época universitaria iluminada.

A todos nos consta que hoy corren otros tiempos. Esta sede universitaria tan amada, en cuyas columnas de cuando en vez estampo un simbólico beso secreto para que la sigan sosteniendo, está seriamente amenazada. Aquella época de esplendor ha cedido a una crisis

muy honda. Pero no quiero que entiendan mis palabras como un elegíaco «cualquier tiempo pasado fue mejor» (aunque en efecto lo haya sido), sino como un aldabonazo de alerta para que las generaciones próximas entiendan la altura que alcanzó y la que puede volver a alcanzar nuestro Departamento en el futuro. Para que no perdamos jamás nuestra estima propia como institución letrada. Al pasado no se revierte —nos basta con atesorarlo a quienes lo vivimos—, pero a los jóvenes les toca reinventarse un Departamento y una Universidad de la excelencia que es capaz de tener, porque de hecho la tuvo. Me consta que es un reto gigantesco y que posiblemente no viva para ver este renacimiento. Pero creo en los renacimientos —no en balde estudio el Siglo de Oro— y creo en el potencial de mis compatriotas para reinventarse. Creo, sobre todo, que un Departamento que es medular para la identidad puertorriqueña, que tiene una historia de excelencia probada, y que conoce bien esta historia, no se abandonará al pesimismo ni a la inercia y será capaz de resurgir de sus propias cenizas, como el Fénix.

Que así sea.